

Wolfgang Fritz Haug

¿Se unirán las fuerzas del trabajo, de la ciencia
y la cultura?

Sobre la situación intelectual
en la República Federal Alemana (1979)¹

1931 apareció un librito de Karl Jaspers, que ya un año después alcanzaba la 5.^a edición. Su título era: «Sobre a situación intelectual de nuestro tiempo». En este libro Jaspers sale al paso del fascismo, que ya se perfilaba, de un modo que le muestra profundamente implicado en las corrientes ideológicas prefascistas. Su obra es un ejemplo clásico de «antifascismo indefenso», ya antes de 1933. El subtítulo del presente intento de orientación alude al escrito de Jaspers. Lo mismo hacen una serie de frases al comienzo y final del artículo. Su construcción y material lingüístico concuerdan ampliamente con los de Jaspers en aquel entonces... «sólo» su sentido se halla reestructurado. El objeto de las siguientes reflexiones lo constituyen las cuestiones fundamentales de una política democrática y el intento de dar una estimación sobre las actuales corrientes ideológicas y la correlación de fuerzas. Cuáles son las actuales tareas históricas de la izquierda?

* * *

En la historia de la República Federal hubo un tiempo en el que la sociedad se sintió inmóvil y eterna. El alemán occidental se instaló en ella sin propósito de cambiarla. Cierto, como decía la canción de Degenhard, había que «remangarse, poner manos a la obra, construir». Pero lo único que se quería mejorar era la propia situación en unas circunstancias de suyo

¹ Publicado en *Argumentos*, año 3, no. 27, Madrid, octubre 1979, pp 6-9. Traducción de José María Ripalda.

inmutables. Incluso espíritus críticos veían por todas partes quietud, la dialéctica «detenida» (Adorno).

En tiempos así el hombre se halla cortado de sus raíces y por tanto carece de radicalismo. La satisfacción dominante era a la vez la insatisfacción de todas las fuerzas mejores; pero sin esperanza. Por eso se cultivó el absurdismo.² Carlo Schellemann pintó una de las buenas imágenes de la época: una habitación confortable, en la que se bebe café, y lejos, en el horizonte, sobre el mar, un apocalíptico hongo atómico. La indiferencia moral bajo la mueca sonriente de un «sed simpáticos los unos con los otros» disfrutaba de la mayor estimación. De vez en cuando se abría paso hasta la habitación, estridencias ocasionales, noticias sobre las revoluciones en Argelia, Cuba, Vietnam, alguna vez incluso el girón de una noticia sobre lluvias radioactivas, sobre hambre en el mundo. Pero este mundo, el de aquí, estaba satisfecho, era justo y eterno, carecía de historia, sólo un antes y después de la «catástrofe» («Zusammenbruch»)... pues así se llamaba a la liberación del fascismo (1945). Una frase mil veces repetida cortaba en seco como una amenaza los tímidos intentos de comprender el pasado fascista: «Quien no lo ha vivido, no puede comprenderlo». Y de los que los habían vivido, casi sólo habían sobre-vivido partidarios, simpatizantes y el gran rebaño de los apolíticos que toleran pasivamente.

La quietud había sido imaginaria. La conciencia de la historia nos realcanzó con la crisis económica y la implicación de los Estados Unidos en Vietnam. El cemento ideológico se cuarteó, sobre todo entre aquellos cuyo talante no se hallaba aún tan consolidado: la juventud estudiantil, obreros jóvenes, aprendices, colegiales. De repente se abrió el horizonte.

Como antes los mayores con la quietud, ahora los más jóvenes sobreestimaron el movimiento. La verdad de que la sociedad se

² Haug es autor de un importante estudio sobre el absurdismo: *Kritik des Absurdismus*. Köln: Pahl-Rugenstein, 1976. En su primera edición (Frankfurt/M. 1966) se trataba de un estudio sobre Sartre. La segunda edición ha ampliado esencialmente el ámbito de referencia. (Nota del traductor.)

transformaba y podía ser transformada conscientemente, se les presentó a muchos en la forma ilusionaria de una revolución inminente. En los paraninfos se jugó a la liberación, los jugadores creyeron que su hora había llegado ya seguramente. En el aula multitudinaria parecían vacilar los pilares de la sociedad. Era como un escenario de Buñuel, sólo que sin los prestigios surrealistas. La liberación montaba sus reales como un circo. Los estados mayores de la tranquilidad, orden y counterinsurgency puede ser que jugaran en aquella situación a esa carta: los rasgos circenses. En Berlín occidental se supo con certeza de por lo menos *un* agente del Estado que había procurado armas y drogas. Sobre el movimiento juvenil anticapitalista se lanzaron nubes celestiales, Jesus People, haschis, luego synanon. Lo que no consiguieron las columnas de policía a golpes con sus cascos de marcianos, escudos y nue vas armas de gases, lo consiguieron las ilusiones desbordadas. Los agentes del Estado fomentaron a fondo ese desbordamiento, inflándolo con detergentes. Las nostalgias se transformaron conforme a plan en adicciones, los síntomas escapistas siguieron inmediatamente. Apenas hubo una exageración que no fuera entonces aplaudida, apenas una sobria valoración de la realidad que no fuera pitada. La liberación dio el espectáculo de la casa de locos.

Pero a pesar de todo era la liberación. Bajo los exóticos trajes se desarrolló una multitud de nuevas actitudes. Una vez que los demagogos paraninfo hubieron tenido tiempo de predicar sus propuestas a la multitud, y de ponerse en ridículo con ellas, no sólo quedaron desilusiones tras ellos; muchos habían aprendido. La era de los demagogos había pasado. La industria de las ilusiones la había utilizado para épater le bourgeois, a falta de una ideología positiva, y ahora les guardaba luto. Y es que había ocurrido algo espantoso, desde muy a la derecha hasta los socialliberales se volvió tema de lamentación la decadencia absoluta del movimiento juvenil. La generación en marcha se

había orientado en masa hacia el movimiento obrero, sobre todo hacia los sindicatos. Las organizaciones de la «orientación sindical» se impusieron en la mayoría de las universidades. El «Frankfurter Allgemeine» atizó la desesperación, lloró estetizantemente por los drogadictos, abrió sus columnas al recuerdo nostálgico de los tiempos escandalosos de la casa de locos. perros guardianes de la inteligencia burguesa echaron en falta el escándalo que tan bien les había venido para mantener la cohesión del rebaño. El movimiento de masas apenas suministraba ya imágenes para escándalo burgués, así que se utilizaron fracciones de tipo elitario: enemigos de la orientación sindical y del paciente desarrollo de un movimiento democrático. Tal vez nos enteremos alguna vez de qué manos hubo en la masa de la que salieron los nuevos espantos para la burguesía. Cien veces dijo el periódico burgués: lo realmente peligroso son las fuerzas que trabajan pacíficamente proyectando reformas superadoras del sistema.

Los terroristas no fueron nunca un peligro real para el Estado y el capital; sí en cambio para todo lo que hubo en el país de movimiento de base y obrero. La conmoción que produjeron los terroristas fue utilizada para una tajante reconversión del Estado, que afectó duramente incluso a la mayoría de los que la aplaudían. Constitución y realidad de la Constitución fueron transformados, la relación entre Ejecutivo y Legislativo deformada, impuesto el procesamiento electrónico de los datos de todos los ciudadanos. Apenas hemos comenzado a darnos cuenta de esta transformación, cuanto menos a comprenderla.

Paralelamente se organizaron las ideologías de acuerdo con la gran decepción, con la gran pérdida de la pensabilidad de una transformación democrática, mucho menos aún socialista. «Cambio de tendencia» se llamó el nuevo concepto con estilo de marketing. El cambio era a la vez real e irreal. Realmente significaba la domesticación, el control de las

actitudes y estilos de los intelectuales partícipes, con la función que fuera, en la organización del bloque procapitalista de la «libre economía de mercado».

El «cambio de tendencia» operó como ideología de los intelectuales organizadores, de los ideólogos del bloque procapitalista. Como hombres de carne y hueso y mente, tampoco ellos habían sido insensibles al encanto que del nuevo movimiento y su libre pensamiento y conducta. Ahora se organizaron su desencanto.

A la vez sus jefes de opinión trataron de prescribir una nueva eternidad del orden. Los «valores fundamentales» debían ser restaurados, la quietud del orden prescrita. En el reino de los pensamientos había que distinguir pensamientos basados en valor funda mental, de los que eran «enemigos» de este orden de valor fundamental. Se hablaba mucho de libertad y derechos humanos; pero el contenido de esas palabras eran prohibiciones de pensar.

Maestros y periodistas, clérigos y escritores, etc., todos tenían que ser abarcados por la restauración, animados a educar en el antiguo sentido incuestionado, atemorizados con la amenaza de un nuevo-antiguo catálogo de enemigos, caracterizados por pensamientos prohibidos. ¿Quién atemorizaba aquí a quién, sino una parte de los ciudadanos a otra y a sí mismos? Quien tenía ojos, podía verlo: la burguesía movilizaba su propio terror, el terror de los burgueses se mostraba como terror burgués. Ciento, no saltaron cabezas, sólo rodaron, o, mejor dicho, salieron despedidas de su pan y su trabajo. El aislamiento de los intelectuales, de los trabajadores mentales cuyo contacto con la realidad se realizaba con la cabeza y no con el vientre o con la cuenta bancaria, exigió un rápido desarrollo organizativo. Literalmente millones fueron revisados. Se buscó enemigos de la Constitución y se los encontró en aquéllos que hacían uso de sus derechos constitucionales.

Los partidarios del orden parecían distinguirse por el hecho de que

no necesitaban reclamar para si ningún tipo de especiales derechos constitucionales. A fin de cuentas no hacían demostraciones en favor de los beneficios, no firmaban proclamas para mayor explotación, ni organizaban sentadas en las casas de los sindicatos; tampoco vendían sus periódicos directamente ni repartían octavillas contra la libertad de opinión. Les bastaba con controlar la opinión publicada y la adjudicación de puestos en escuelas, universidades, iglesias y editoriales.

Hasta donde es posible conocer las determinantes de la situación intelectual de nuestro tiempo, éstas son algunas de ellas:

La organización del desengaño.

El fomento de irracionalismos.

La canalización de las tendencias a un modo de vida libre y sin represiones por las vías de un espontaneísmo irracional.

El hambre por razones políticas para intelectuales, sobre todo en el ámbito de la orientación sindical.

Todo para el turismo interior, para la privatización de la vida.

Hostilidad por la teoría.

Los límites del bloque procapitalista no coinciden con los de los partidos políticos o sus alianzas. Por ejemplo atraviesan el SPD³ y los sindicatos. Entre las tendencias de partido se mueve la lucha de varias líneas procapitalistas. A la vez intentan en común que el procapitalismo valga como imperativo constitucional y el anticapitalismo como hostilidad a la Constitución.

El suelo económico, sobre todo a nivel de la economía mundial, sigue en movimiento. La revolución islámica en Persia ha puesto claramente de relieve en forma de precios del petróleo la imbricación internacional del

³ Sozialdemokratische Partei Deutschlands (Partido Socialdemócrata de Alemania [Federal]). (Nota del traductor.)

sistema. Como, dada la competencia del sistema con la República Democrática Alemana, el bienestar de la República Federal tiene, más que en cualquier otro sitio, carácter político, el movimiento del Tercer Mundo es sentido como una amenaza para su estabilidad política. ¿Cómo va a reaccionar? ¿Qué línea se impondrá en el campo capitalista a través de las vacilaciones que inevitablemente nos esperan? ¿Qué uso se hará del aparato de Estado y de los nuevos dispositivos de «seguridad interna» y del terror burgués? ¿O se autonomizará el aparato? Porque no es un mero instrumento; los que gobernan mediante el aparato del Estado también tienen que moverlo y servirle. La inquietud no viene sólo de fuera. La racionalización, producida especialmente por la elaboración electrónica de datos y los sistemas ciberneticos, ha traído un paro de masas que va a ir creciendo hasta mediada la década de los 80. Su consecuencia es una desestabilización del sistema sociopolítico. Los sindicatos se han quedado al pronto sorprendidos por la cantidad y calidad del hecho, los trabajadores obligados a luchar sin más que girones de una estrategia a largo plazo, aún presa en contradicciones.

Ahora es cuando por primera vez los intelectuales y los sindicatos tienden a juntarse en cantidad apreciable. En los estados mayores del campo procapitalista se encienden las luces de alarma. ¿Se unirán las fuerzas del trabajo, de la ciencia y la cultura? La caza de ideas, el paro por razones políticas, que hace tiempo han invadido también el campo económico, ¿seguirán creciendo? ¿Y podrán impedir la formación de un nuevo bloque social? Y, caso de que lo puedan impedir, ¿cuál será el precio cultural y político que habrá que pagar? Ya no falta mucho para 1984.

Obstáculos internos dificultan una nueva convergencia social y democrática. ¿Sería posible inscribir sin reservas en la lista de cargos de los sindicatos la lucha contra la destrucción de las condiciones naturales de vida por el sistema capitalista? ¿Se llegará a la alianza histórica de movimiento obrero y movimiento ecologista? ¿O los límites del crecimiento conjurados

por el Club de Roma se interpretarán conservadoramente? Los sindicatos perderán a largo plazo su lucha por los puestos de trabajo, si le sacrifican el objetivo militante de la conservación de un mundo habitable o, simplemente, lo subordinan a un podrido tacticismo. Y es que el resultado de las luchas se decide con la formación de amplios bloques políticos; los sindicatos, aislados del movimiento de las iniciativas tipo ciudadanas, reducidos a objetivos de lucha reducidos economicistamente, no pasan de ser una minoría vencible, por grande que sea. Las iniciativas ciudadanas y los esbozos de formas de vida alternativas, a su vez, en el aislamiento frente al movimiento obrero, corren peligro de caer en modelos de una versión romántica (como en la prehistoria del fascismo alemán). En este sentido pudieran volverse proclives a la integración en un bloque de extrema derecha con rasgos populistas. En cualquier caso las antiguas posiciones no transcurren como los frentes actuales, por lo menos a grandes trechos. ¿Serán capaces los intelectuales de izquierda (y no sólo ellos) de reorientarse? ¿Seguirán encarnando viejas luchas, de las que hace tiempo escapó la vida? ¿O se convertirán en organizadores de un nuevo bloque democrático y social? ¿Seremos capaces de reconocer como falsos frentes que se han vuelto falsos, y de abandonarlos?

De los aparatos actuales de la vida intelectual parece que apenas se puede esperar sino la administración del gran rechazo de la mejora. Lo que se premia es la desesperación y la contemplación del propio ombligo y la desvanescencia en el propio interior. Lo que se premia es toda forma de renegados. La invocación del individuo y el mercado libre se convierte en la era de los monopolios internacionales en el medio sofístico para mantener la máquina en marcha sin nada que elaborar, para huir de si mismo, para librarse de la responsabilidad en la realización de una sociedad humana y de una humanidad social.

Las ideologías del libre mercado y del individualismo son el

acompañamiento de un dominio cada vez más total de los aparatos del gran capital transnacional, y la demolición que producen en las posibilidades de desarrollo de los individuos, y de la multiplicación del sufrimiento y la agresión. Las posibilidades de desarrollo de los individuos, en cambio, dependen de la unión de las fuerzas del trabajo, de la ciencia y de la cultura, de la coincidencia de los movimientos sociales e intelectuales con los movimientos ecológicos y de formas de vida alternativas; todo ello bajo el signo de una nueva solidaridad con los movimientos de liberación y las necesidades de desarrollo del Tercer Mundo.